

# DIVINA LA ILUSIÓN

*por Víctor Hugo Piña*

La chica hacía tiempo que veía el tajo en la familia, pero se pintaba los ojos y se le pintaban las cosas; y del tajo no quedaban más que su mamá y sus sobrinos con la tele.

Su cuñado dijo que las muchachas como ella ganaban muy bien: que eran secretarias y tenían unos puestazos hasta en el gobierno.

La muchacha brinca la cerca, la de su casa, la de la madre y entra a la academia. Es lo único que le paga el papá, porque dice que tiene que ver por él, que ya es viejo. Ella dice que sí y hace la mueca y va a clases. El curso dura un año pero salen bien preparadas, e incluso pueden especializarse con diploma.

La chica sabía que la maestra de taquigrafía viste muy bien y la copia por lo mientras: usa mascadas aunque se le suden por el calor en los camiones, y compra avon hasta que se reíen de ella algunos, no sabe quiénes pero se ríen.

Su cuñado dijo que no perdiera el tiempo, que se metiera a trabajar. Ya tenía el anillo y el diploma, aunque el anillo le manchaba el dedo y el diploma no lo podía leer la mamá.

La muchacha sale bien arreglada a ver lo de la bolsa de trabajo, y todos dicen en el rumbo que sí es secretaria, que se le nota, que sí parece secretaria.

Las puertas se abren, y que si tiene experiencia, que cuál academia, que si ya sabe que hay que vender suscripciones a la clínica, que es un negocio. O que si ya le dijeron que tiene que vender diez seguros de la empresa, que es un requisito para darles la planta. Le hacen la prueba y se equivoca o no sabe o no se sabe; a ella no le dijeron en la academia que había que saber todo eso.

El cuñado dijo que la mamá ya se dio cuenta que no agarra nada y que lo está agarrando de pretexto. De seguro. El cuñado dice a la mamá que no la moleste, pero que la vigile, porque ya ve ella, en las novelas cómo se descomponen las muchachas a esa edad. Además, dice que vio una revista de casos

verídicos, donde a veces a las secretarias sus jefes las aceptan, pero las suben al coche y les alcanzan a morder y chupar hasta las piernas porque los coches son amplios.

Y ella por fin se queda, la quedan, la quedan quedada pero sin contrato, —para qué tan desconfiada. Además le dan seguro, pero no como secretaria sino como aprendiz de costurera para que no le descuenten las cuotas.

La muchacha brinca la cerca, la de sus hambres, la de sus plagas, y acepta los ochocientos y pico del mínimo. Mientras aprende.

Mientras aprende el movimiento de la empresa, la dejan de aprendiz de costurera, porque no vaya a venir un inspector y la encuentre de secretaria y multe al patrón. Que se espere, que va ver que se arregla; y pasa un mes, dos, viene año nuevo y no viene el inspector, pero hay que prevenir dice. Entonces Divina recibe su aguinaldo de costurera, aunque va vestida de secretaria con su mascada al cuello; (los muchachos le dicen Divina, —te sientes Divina).

En la casa el mundo corre a pisotadas y a los sobrinos les crece la barriga como un globo, y su madre arrulla sobre la cama al más pequeño hasta excitarse los pechos. Más pisotadas y el mundo crece y el novio quiere a Divina en una cama, pero ella recuerda o imagina la enormidad de sus caderas agolpándose en el musgo y la carne como de labios partidos, y entonces huye persiguiéndose.

Dicen las muchachas que en la forma de andar se nota cuando alguna ya no es virgen. Desde entonces ella camina clandestinamente como una sombra contra un muro. Pero es virgen: pero imagina que no. En los camiones y en el metro sube convencida de la inminente manoseada y de los tatuajes de los hombres en su cuerpo. Y ve los ojos de su madre y ve otra vez creciendo el musgo de la entrepierna, y algunas noches lo imagina babeando y escurriendo igual que la barba de su papá cuando toma cerveza.

La muchacha brinca la cerca, la de lo ajeno, la de todos y se encrudece y y recrudece en la cama bajo la piel de perro del novio. Y el novio se aterra porque su pene de niño queda atrapado en la paralizada entrepierna de Divina; y ahora sí, el musgo no babea pero gesticula como si de ira tuviera trabadas las mandíbulas. El novio se asusta y la deja.

Divina pregunta en la fábrica con algunas si se le nota y desde entonces como dentro de una gruta se le oye hablar caminando como reptil.

Su cuñado dijo que se le nota, que se le nota que esconde el dinero de la raya, que ya no entrega el sobre como antes.

Que con su pan y que desconsiderada se lo coma.

En la casa del mundo regresa a pisotadas y Divina mete la llave y se acuesta, y los niños juegan y la calma silba como silba el catre del hotel; y el musgo otra vez respira y las caderas respiran y el vientre se ahoga y la noche cabe poco en la casa.

Luego, cuando alguien dijo que el musgo no es musgo sino pelo, a Divina

le salieron manchas en la piel y pelos en el cerebro, y todos los días al poner la vista en la máquina de coser, encontraba pelos silvestres sobre su pantalón.

De todos modos, Divina es la ilusión de su madre y el sudor de cada día o el pan de sus sobrinos. El cuñado dice que así es una verdadera familia, y todos dicen que sí mirando la tele.

Mirando el hilo, la aguja epiléptica tiene dos años; por su bien —de la empresa. Come en una fonda, pero la madre no puede evitar mirarla como en la revista que lleva el cuñado: con las piernas frotadas e hinchadas encima del patrón, dejando asomar el musgo y la carne como de labios partidísimos del trasero de ella, su hija. Y todos le reciben el sueldo, porque están seguros de que es una puta redomada, y tiene siquiera que pagar su inmoralidad, como dice el cuñado.

Pasa más tiempo y más hilo para Divina y sus nalgas crecen por frotamiento sobre un escritorio en la imaginación o en la memoria de la madre. Pasan más hilo y más agujas y el patrón muere de muerte natural a horcajadas de su dinero, y los hijos cambian la vida, cambian el personal, y los líderes del sindicato cobran y echan a todos menos una, porque oportuna Divina acude en Luis Moya a las oficinas del sindicato para ingresar y la ingresan durante cinco horas desde las seis de una tarde. (Ahora sí, en una oficina, las piernas y las nalgas y el corazón hinchados por frotamiento) —charrismo sexual se diría.

Entonces la muchacha brinca la cerca, la de su cuerpo, la de su musgo y carne partida y la entran por frotamiento al sindicato.

